

DOMINGO MUNDIAL DE LAS MISIONES

DOMUND

2020

18
OCT

¡AQUÍ ESTOY,
ENVIÁME!

CATEQUESIS PARA SACERDOTES Y
MIEMBROS DE LA VIDA CONSAGRADA

www.ompe.mx

MI VOCACIÓN Y MI MISIÓN: DISCERNIMIENTO DE LOS SIGNOS EN TIEMPOS DE PANDEMIA

*Y percibí la voz del Señor que decía: «¿A quién enviaré? ¿quién irá de parte nuestra?» Contesté: «Aquí estoy; mándame»
(Isaías 6, 8)*

El texto de la escritura escogido este año para inspirar la Jornada Mundial de las Misiones pertenece al relato de la vocación del profeta Isaías. Es por tanto un texto que toca lo profundo de la vida de los sacerdotes y de los miembros de la vida consagrada. La vocación, de hecho, es lo que de manera específica define nuestro ser, y como en todos los casos de vocación que nos narra la Biblia, Dios llama para confiar una misión, es decir, vocación y misión están íntimamente relacionadas.

Isaías es alcanzado y transformado por la presencia de Dios, y en medio de los cánticos de los serafines, el humo y el temblor de las puertas del Templo, consigue oír la voz de Dios que habla, y aunque sin dirigirse directamente a él, logra discernir que ese llamado que el Señor hace es para él, y de este modo se dispone sin temor, libremente y en totalidad al envío que Dios quiera hacerle.

Esta apertura al envío por parte de Dios sitúa la vocación de Isaías en una perspectiva dinámica y al mismo tiempo misteriosa. Isaías se dispone a hacer aquello que Dios le mande, sin preguntar. Esta es la esencia del misionero, ser enviado por Dios a dónde Dios lo requiera, y no dónde él quiera ir. Este factor dinámico de la vocación plantea para el vocacionado el desafío de tener que discernir, de frente a cualquier circunstancia, lo que Dios quiere y pide para él. En este sentido podemos comprender lo que el Papa Francisco nos dice en su mensaje para la Jornada:

«Comprender lo que Dios nos está diciendo en estos tiempos de pandemia también se convierte en un desafío para la misión de la Iglesia. La enfermedad, el sufrimiento, el miedo, el aislamiento nos interpelan. Nos cuestiona la pobreza de los que mueren solos, de los desahuciados, de los que pierden sus empleos y salarios, de los que no tienen hogar ni comida...»

La clave de nuestra actividad apostólica en este contexto de pandemia, sea como sacerdotes o como miembros de la vida consagrada, podría estar girando alrededor del tema del discernimiento pastoral a partir de la lectura de los signos de los tiempos, como un elemento esencial de nuestra vocación, y como una contribución a la misión:

«Es necesario estar abiertos a la voz interior del Espíritu que invita a acoger en lo más hondo los designios de la Providencia. Él llama a la vida consagrada para que elabore nuevas respuestas a los nuevos problemas del mundo de hoy. Son un reclamo divino del que sólo las almas habituadas a buscar en toda la voluntad de Dios saben percibir con nitidez y traducir después con valentía en opciones coherentes, tanto con el carisma original, como con las exigencias de la situación histórica concreta» (Vita Consecrata 73).

«El sacerdocio no nace de la historia sino de la inmutable voluntad del Señor. Sin embargo, se enfrenta con las circunstancias históricas y, aunque sigue siendo siempre idéntico, se configura en cuanto a sus rasgos concretos también mediante una valoración evangélica de los “signos de los tiempos”. Por lo tanto, los presbíteros tienen el deber de interpretar estos “signos” a la luz de la fe y someterlos a un discernimiento prudente. En cualquier caso, no podrán ignorarlos, sobre todo si se quiere orientar de modo eficaz e idóneo la propia vida, de manera que su servicio y testimonio sean siempre más fecundos para el reino de Dios». (Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros, 45)

En este contexto, como sacerdotes y consagrados estamos llamados a volver hacer resonar en nuestro corazón la pregunta que Dios hace: «¿A quién voy a enviar?», y a responder de manera generosa y convencida: «¡Aquí estoy, mándame!» (Is 6,8).

Leamos con atención el texto completo de la vocación de Isaías (Is 6, 1-13) Comenta con otros tu experiencia vocacional y cuál fue esa motivación original que te llevo a decir: «Aquí estoy».

¿Qué interrogantes le ha hecho a tu vocación esta situación de la pandemia? ¿Cómo has respondido al confinamiento, a la falta de compartir con las comunidades? En el caso de los presbíteros ¿a celebrar sin la presencia de fieles?

Renueva tu respuesta: ¿Qué te está diciendo y pidiendo Dios en estos tiempos de pandemia?

Espiritualidad Misionera

La Constitución Pastoral *Gaudium et Spes* afirma con toda claridad:

«Para cumplir (la) misión es deber permanente de la Iglesia escrutar a fondo los signos de la época e interpretarlos a la luz del Evangelio, de forma que, acomodándose a cada generación, pueda la Iglesia responder a los perennes interrogantes de la humanidad sobre el sentido de la vida presente y de la vida futura y sobre la mutua relación de ambas. Es necesario por ello conocer y comprender el mundo en que vivimos, sus esperanzas, sus aspiraciones y el sesgo dramático que con frecuencia le caracteriza» (GS 4).

Esta tarea del discernimiento pastoral compete a todo el Pueblo de Dios, la cual debe ser ejercida de modo sinodal, aprovechando toda la riqueza de carismas con que Dios adorna a su Iglesia. Corresponderá, eso sí, de modo particular a los consagrados, saber guiar y pastorear a la grey, de modo que en todo siempre se refleje una constante y sincera actitud de sentir con la Iglesia. De modo que todo se trabaje en el vínculo de la comunión con el Papa, con los Obispos, con el Colegio presbiteral, así como con los diáconos, los demás fieles consagrados por medio de la profesión de los votos evangélicos y con todos los fieles. Cada uno de los miembros del Pueblo de Dios está llamado a aportar de modo creativo a hacer de la misión algo siempre actual:

«Se invita pues a los Institutos a reproducir con valor la audacia, la creatividad y la santidad de sus fundadores y fundadoras como respuesta a los signos de los tiempos que surgen en el mundo de hoy. Esta invitación es sobre todo una llamada a perseverar en el camino de santidad a través de las dificultades materiales y espirituales que marcan la vida cotidiana. Pero es también llamada a buscar la competencia en el propio trabajo y a cultivar una fidelidad dinámica a la propia misión, adaptando sus formas, cuando es necesario, a las nuevas situaciones y a las diversas necesidades, en plena docilidad a la inspiración divina y al discernimiento eclesial». (Vita Consecrata, 37).

«Para ser un buen guía de su Pueblo, el presbítero estará también atento para conocer los signos de los tiempos: los que se refieren a la Iglesia universal y a su camino en la historia de los hombres, y los más próximos a la situación concreta de cada comunidad». (Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros, 78).

Leamos el Evangelio según San Lucas (Lc 12, 54-56)

Con respecto al texto evangélico, el Papa Francisco nos va a decir:

«Los tiempos cambian y nosotros los cristianos debemos cambiar continuamente. Debemos cambiar firmes en la fe en Jesucristo, firmes en la verdad del Evangelio, pero nuestra actitud debe moverse continuamente según los signos de los tiempos».

En su opinión todos pueden entender los signos de los tiempos, no solo los intelectuales. Jesús no dice «miren cómo hacen los universitarios, miren cómo hacen los doctores, miren cómo hacen los intelectuales...». Jesús habla a los campesinos que "en su simplicidad" saben "el momento de la lluvia". El requisito para todos es el mismo: "para entender los signos de los tiempos, antes que nada, es necesario el silencio:

hacer silencio y observar. Y después reflexionar dentro de nosotros. Un ejemplo: ¿Por qué ha ocurrido algo? Y orar... silencio, reflexión y oración. Solamente así podremos entender los signos de los tiempos, qué quiere decir Jesús". Para el Papa la idea de discernir lo que Dios nos dice en cada momento es continua. Al respecto subraya: "debemos abrirnos a la fuerza del Espíritu y entender bien qué sucede dentro y fuera de nosotros" a través del "discernimiento".

Esto es una clara alusión a Gaudium et Spes 11:

«el Pueblo de Dios, movido por la fe, que le impulsa a creer que quien lo conduce es el Espíritu del Señor, que llena el universo, procura discernir en los acontecimientos, exigencias y deseos, de los cuales participa juntamente con sus contemporáneos, los signos verdaderos de la presencia o de los planes de Dios».

Discernir no es sólo elegir o escrutar algo, es un ejercicio de la libertad para asumir criterio de frente a las diferentes situaciones que se enfrentan. Al respecto el Papa nos dice: "¿Cómo se puede hacer esto que la Iglesia llama conocer los signos de los tiempos? Los tiempos cambian. Es característico de la sabiduría cristiana conocer estos cambios, conocer los diversos tiempos y conocer los signos de los tiempos".

Y agrega: "yo soy libre, debo emitir mi propio juicio y comprender qué significa todo esto. Pero este es un trabajo que normalmente no hacemos: nos conformamos, nos tranquilizamos con 'me han dicho, he escuchado, la gente dice, he leído...'. Así nos quedamos tranquilos... Pero ¿cuál es la verdad? ¿Cuál es el mensaje que el Señor quiere darme con ese signo de los tiempos?".

Es interesante como Vita Consecrata incluye el discernimiento como parte de la dimensión profética del consagrado:

La vida consagrada tiene la misión profética de recordar y servir el designio de Dios sobre los hombres, tal como ha sido anunciado por las Escrituras, y como se desprende de una atenta lectura de los signos de la acción providencial de Dios en la historia. Es el proyecto de una humanidad salvada y reconciliada (cf. Col 2, 20-22). Para realizar adecuadamente este servicio, las personas consagradas han de poseer una profunda experiencia de Dios y tomar conciencia de los retos del propio tiempo, captando su sentido teológico profundo mediante el discernimiento efectuado con la ayuda del Espíritu Santo. (VC 73).

Y el Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros considera el discernimiento como un carisma propio del sacramento del orden:

«(...) los presbíteros están llamados a vivir con profundidad su ministerio como testigos de esperanza y trascendencia, teniendo en consideración las exigencias más profundas, numerosas y delicadas, no sólo de orden pastoral, sino también las realidades sociales y culturales a las que tienen que hacer frente» (45).

Con respecto a lo reflexionado hasta el momento ¿cómo relaciono esto a mi vocación?

Invoco el Espíritu Santo y oro con el Salmo 104.

SERVICIO MISIONERO

¿Cómo discernir lo que Dios nos pide en todo momento? ¿Lo que nos está diciendo y pidiendo en medio de la pandemia y la crisis mundial que vivimos?

DESDE LAS MANOS:

- Acercarse a la realidad
- Dejarse interpelar por la situación que se está viviendo
- Es necesario pasar del yo temeroso y encerrado al yo reencontrado y renovado por el don de sí mismo. Hacernos acontecimiento de salvación para los otros.
- Dejarnos empujar por el Espíritu hacia el lugar donde está el clamor de los pobres, criterio imprescindible para el correcto discernimiento evangélico.

Planteémonos la misma pregunta que el Papa puso en su Mensaje:

¿Estamos dispuestos a ser enviados a cualquier lugar para dar testimonio de nuestra fe en Dios?

DESDE LA MENTE:

- Una actualización continua y una particular atención a los diversos campos a los que se orienta cada uno de los carismas:
 - Es necesario por tanto mantener una mentalidad lo más flexible y abierta posible, para que el servicio sea comprendido y desempeñado según las exigencias del propio tiempo, sirviéndose de los instrumentos ofrecidos por el progreso cultural.
- Constante y adecuada puesta al día en el estudio de las Ciencias Sagradas con referencia a los diversos problemas teológicos y pastorales, y en el ejercicio de una sabia reflexión sobre los datos sociales, culturales y científicos, que caracterizan nuestro tiempo.

DESDE EL CORAZÓN:

- Manifestar la unidad entre autoevangelización y testimonio, entre renovación interior y apostólica, entre ser y actuar, poniendo de relieve que el dinamismo deriva siempre del primer elemento del binomio.
- Personalidad sólida, animada por el fervor de los santos. Una vida espiritual madura y profunda, radicada en la caridad pastoral.
- Audacia acompañada de la confianza en la acción de la Providencia, que actúa en el mundo y que «hace que todas las cosas, incluso los fracasos del hombre, contribuyan al bien de la Iglesia».
- Generosa e imprescindible comunión eclesial y el amor por la verdad.
- Mostrar así un amor fervoroso por la Iglesia, que es la madre de nuestra existencia cristiana, y vivir la alegría de su pertenencia eclesial como un testimonio precioso para todo el pueblo de Dios. Un sentido de comunión que involucre todo: Dios, los otros, la creación, en el contexto de una Ecología integral.

Pero, ante todo, deberá siempre existir la confianza plena de que es el Espíritu quien guía y configura. Así se evita la autorreferencialidad. La misión será siempre consecuencia del Espíritu, y no de nuestras intenciones ni acciones. Es el Espíritu quien en realidad dirige nuestro discernimiento. El Espíritu siempre es la novedad para el mundo y para la Iglesia.

Conviene terminar este momento con una celebración ante Jesús Sacramentado.

COMUNIÓN MISIONERA

Reúnete con los hermanos de tu congregación u organiza un encuentro en línea con algunos hermanos sacerdotes que conozcas:

- Compartan entre todos su experiencia durante este tiempo de pandemia.
- Comenten los desafíos que toda esta realidad presenta a la vocación específica.
- Procuren encontrar una experiencia positiva que haya marcado de modo especial este tiempo.
- Oren unos por otros.
- Compartan, donde sea posible, algún alimento.

